SABADO 30 DE AGOSTO DE 1890

EL IMPARCIAL es el periódico de mayor circulación de España.

Tirada de EL IMPARCIAL de ayer: 76.470

Anuncios nacionales, 0,50 cénts. de peseta línea
Idem extranjeros, 0,75 íd. de íd. íd.
Idem en la tercera plana, 3 pesetas íd.
Comunicados y remitidos á precios convencionales.

Número suelto 5 céntimos

EL IMPARCIAL

DIARIO LIBERAL

FUNDADO POR D. EDUARDO GASSET Y ARTIME

SABADO 30 DE AGOSTO DE 1890

Madrid, 1 peseta al mes.
Provincias, 6 pesetas trimestre; 10 semestre.
Portugal, 7,50 íd. íd.
De más puntos del extranjero, 10 ptas. trimestre.
Estados Unidos de América, Cuba y Puerto Rico, 15 pesetas trimestre.
Los demás Estados y posesiones de América y Asia, 20 íd. íd.
Toda la correspondencia y giros deben dirigirse al
ADMINISTRADOR DE "EL IMPARCIAL,,
Calle de Mesonero Romanos, núm. 31

DIPLOMATICOS AL REVES

Estamos abrumados. Ayer por la mañana llegó á Madrid el duque de Tetuan y á las pocas horas los ministeriales habian hecho un descubrimiento prodigioso, según se ha cuidado de participarnos un diario de la cofradía. Nuestra campaña sobre los asuntos de Marruecos es antipatriótica, porque solo puede favorecer los intereses de la Francia.

Parecia lo natural que afirmacion tan estupenda se razonase. No se ha creido necesario. La afirmacion se ha lanzado seca, escueta, dogmática, como el cánon de un Concilio. La razon de ella debe haber quedado extraviada en alguna oscura revuelta del lóbrego espíritu del duque de Tetuan.

Mas, los efectos del fecundo viaje de nuestro gran diplomático no paran ahí. ¿Quién habló de kabilas rebeldes, ni de combate con las tropas del sultán, ni de prisioneros, ni de cabezas cortadas? ¿Los corresponsales de *La Correspondencia*, de *El Día*, de EL IMPARCIAL y de algunos otros diarios madrileños? ¿Los periódicos de Tánger, como el *Times* de aquella localidad y *Le Reveil du Maroc*? Todos se han engañado. El único que está en posesion de la verdad es el ministro de Estado español, gracias á una persona tan diligente y tan bien informada siempre como nuestro representante en Tánger, Sr. Figuera.

¿Y á vuesa merced quien le fía, señor cura?—preguntaba Don Quijote.—¿Y al duque de Tetuan quien le fía?—preguntamos nosotros. Porque, dado que la diplomacia es el arte de ocultar la verdad, pudiera suceder muy bien que el Sr. Figuera y su superior jerárquico el simpático duque, ya que han sido y son diplomáticos tan poco afortunados con los marroquíes, quisieran probar fortuna del lado acá del Estrecho.

Hay precedentes. El duque de Tetuan frente á un extranjero, siquiera éste sea un berberisco, debe sentir cierta desconfianza de sí mismo; al menos los éxitos no le autorizan para otra cosa. Pero enfrente de los españoles el asunto varía; aquí recibe del éxito plena autorizacion. En ocasion no lejana, el excelentísimo señor dijo lo que convenia á sus fines sin cuidarse de si era ó no era cierto, y encontró por acá quien lo creyera y produjo el efecto deseado. Por lo tanto, debe de estar persuadido de que se cautiva mejor el ánimo de cien mil Martinez Campos que el de un solo Mohatar.

Ahora bien, lo mismo á él que al Sr. Figuera interesa mucho que la opinion pública entienda que en Marruecos nada de importante ocurre. Porque claro está, que habiendo uno y otro andado descuidados y desprevenidos, y habiéndoles por ello censurado la opinion, el medio mejor de rehabilitarse es decir que todo el mundo se engañó y que en Marruecos nada de particular ha ocurrido. Y el que quiera comprobar lo contrario, que se vaya con un notario y dos testigos por las tierras de Zemmour.

Si aquí, donde tan fácil era la averiguacion de la verdad, el duque de Tetuan no ha tenido escrúpulos en decir lo que á sus planes convenia, ¿qué dificultad podrá tener al hablar de lo que acontece en Marruecos? Consiguiera él su propósito de desautorizar ó de mortificar durante algunos dias á los periódicos que le han censurado, y todo lo demás le dejaria sin cuidado alguno.

Cuanto mas, que en último término, como él no ha dicho oficialmente ni en público tales cosas, con echar el muerto sobre los diarios que han publicado la noticia, habria salido del apuro. Con un poco de paciencia y de sonda se llega tambien á conocer las sinuosidades de ciertos espíritus.

Por sabido se calla que en los accidentes y detalles de los sucesos ocurridos en el interior de Marruecos, y cuya noticia llega á los puertos que están en relacion con Europa, puede haber exageracion é inexactitud. Si esto en ocasiones acontece aun con los hechos acaecidos en Madrid mismo, ¿qué no pasará en un país bárbaro, sin medios regulares de comunicacion? Pero de que tal ó cual incidente sea producto de la fantasía oriental, ¿habrá de deducirse que no ha habido guerra civil en Marruecos? Pues ¿no se ha dicho una y otra y otra vez por todo el mundo en Tánger que el sultan, á pesar de no hallarse bien de salud, se habia puesto precipitadamente en marcha? ¿No se ha estado durante un espacio de dias alarmante sin noticias suyas? ¿No se ha hablado por muchas semanas de la rebelion de Zommour sin que nadie la desmienta? ¿No han dado á conocer todos los indicios que ahora se trataba de una insurreccion mucho mas grave que las continuas por la exaccion de tributos originadas? ¿No confiesan hasta los diplomáticos de aquende que el sultan no ha cobrado los tributos?

El mismo valor que esas especies debidas á la llegada del ministro de Estado á Madrid tienen las referentes á la apacible calma que reina en el campo de Melilla donde, si en el cerebro del insigne prócer hubiera un átomo de poesía, habríamos visto anoche representada una égloga. Mientras que se nos muestra á los moros poco menos que tocando el caramillo, resulta que el caramillo lo toca ó lo arma el duque, y en el ministerio de la Guerra se dictan disposiciones que no van á compás con las notas de nuestro gran diplomático.

En suma, los funcionarios de Rabat habrán podido hacer creer al Sr. Figuera cuanto se les haya antojado; pero el superior gerárquico de este señor no va á ser tan afortunado con el resto de los españoles.

MISCELANEA POLITICA

Copiamos de *La Union Católica*:

«El señor duque de Tetuan trae de San Sebastian noticias satisfactorias sobre el estado de las relaciones políticas del gobierno con los partidos adversarios.»

Urge que el Sr. Silvela haga un viaje á San Sebastian.

Para saber el estado de relaciones en que se halla el gobierno con las demas potencias

Especialmente con Marruecos.

Porque si el señor ministro de Estado se entera de lo que le incumbe al señor ministro de la Gobernacion, lo lógico es que el señor ministro de la Gobernacion se entere de lo que le incumbe al señor ministro de Estado.

Y tal vez no se perderia en el cambio.

Dice *La Libertad* que en el traje que lleva ahora el Sr. Sagasta hemos dado muchas puntadas.

Muchas.

Y algunas han debido llegarle á lo vivo.

Porque parece otro.

Bien dice el refran, que la letra con sangre entra.

De *La Epoca*:

«Las impresiones que hoy tenemos acerca del viaje de S. M. á Bilbao son mas lisonjeras aún que ayer.»

Suponemos que *La Epoca lo dirá* por el tiempo.

Porque no sabemos que en otro sentido hayan dejado de ser nunca lisonjeras las impresiones acerca del viaje de S. M. la reina á Bilbao.

Pero nada mas que acerca del viaje de su majestad la reina.

Entiéndalo bien nuestro apreciable colega.

Dice *La Epoca* que no es posible remediar en dos meses los grandes errores cometidos por el Sr. Rodriguez Arias.

Y el Sr. Beranger, para corregir los errores cometidos por el Sr. Rodriguez Arias, ha nombrado presidente del Consejo de marina al Sr. Rodriguez Arias.

Anteayer estuvo á punto de irse á pique el crucero *Isla de Luzón*.

Pero seguramente con otro golpe de mar como este no para el Sr. Beranger hasta el fondo del mar.

***

Sigue en el uso de la palabra *La Epoca*:

«La monarquía está ahora defendida y guardada por monárquicos verdaderos.»

Pero debia estar mejor cuando no necesitaba que la defendiesen ni la guardasen.

Y buena prueba de que no lo necesitaba es que goza de una salud que ya quisieran los conservadores para ellos.

Dice *El Dia*:

«Ayer se decia en los centros oficiales que se van á mandar refuerzos á Melilla, hoy se dice que ya no se enviarán; veremos mañana.»

Si es posible ver en un asunto en que son menos los que quieren hacer la luz que los que trabajan para matarla.

El Siglo Futuro á *El Siglo* (presente) para que vuelva por lana.

«Dice *El Siglo* del Sr. Nido con estos mismos tipos de letra:

SAGASTA ESTÁ LOCO

»Lo vamos creyendo.

»Sin mas que fijarnos en el estado mental de los liberales-conservadores.

»Y en el consabido refran que dice:

»Un loco hace ciento.»

Recomendamos á los ganaderos del reino las tijeras de *El Siglo Futuro*.

Ni afeitadas les dejarian las reses mas limpias de lana.

La Epoca recuerda esta frase del Sr. Silvela á un demócrata de fama:

«Su señoría es un tanto inexperto en esto de manejar prestigios monárquicos.»

En mejor ocasion no ha podido recordar esta frase nuestro apreciable colega.

Para que todo el mundo la compare con ciertos sueltos publicados por los periódicos ministeriales.

Dice *El Correo* que ya es hora de que cese la arbitrariedad.

Lo mismo venimos diciendo nosotros hace muchos años.

Pero no sabemos lo que pasa con los partidos políticos en España.

En cuanto suben al poder se les para el reloj.

Y apunta, como el Papamoscas de Burgos, pero no dá.

Comentando un telegrama de Bilbao, en que se habla de la recepcion hecha en Hermúa al Sr. Sagasta, dice *El Correo Español*:

«¡Pues ya!

»Miren Vds. que deben de haberse necesitado ojos para ver que desde los balcones del marqués de Valde-Espina, en Hermúa, saludaban al señor Sagasta con un pañuelo...

»Debió de ser con alguna capa.

»Ya que por ahora no era posible empuñar la muleta para rematar la suerte.»

Pues no sabemos para cuándo dejarán los carlistas la muleta.

Porque mas baldados que están...

LAS SOCIEDADES GEOGRÁFICAS

Un acuerdo importante

En todos los países cultos de Europa y América son estas sociedades, no solo aulas del saber en cuanto se refiere á las distintas ciencias que se ocupan de la tierra, sino centros de consultas y á veces hasta instituciones políticas en aquellos países en que la expansion colonial constituye la verdadera vida y riqueza de la nacion.

Huérfano en España todo aquello que se refiere á los intereses de la ciencia del apoyo gubernamental, solo por el esfuerzo y la voluntad, el entusiasmo y el patriotismo de unas cuantas respetables individualidades, se crearon en España estas asociaciones del saber, que han ido engrandeciéndose merced á sus propios méritos y á la indiscutible necesidad de su existencia, plenamente justificada en España por los trabajos que han realizado, por los esfuerzos para sostener lo que la geografía de nuestros padres nos trasmitió como dominios españoles y, mas aun, por las adquisiciones valiosas que, con medios que rayaran en ridículos por lo escasos, han logrado para ensanchar el territorio patrio, trabajos y glorias que por ser plenamente desinteresadas, han permanecido y aun permanecen como desconocidos, no solo del vulgo, sino de las personas ilustradas, cuando hay que reconocer que desde su creacion hasta hoy dia, los dominios españoles, sin costar casi un cuarto al Estado, sin verter una gota de sangre, han aumentado, gracias á los esfuerzos de dichas sociedades, casi en un doble de los que en la Península poseemos.

Sociedades que tanto han velado por que la geografía patria prosperase y se extendiera, no podian permanecer indiferentes ante los problemas que se agitan en el Africa; ante ese reparto hecho sobre el mapa con sólo la accion de reglas y compases, reparto en el cual, no sólo deploran que no hayamos tomado parte, sino que la que han tomado las demás nos perjudica gravemente en la actualidad, y en el porvenir pueden determinar, y determinarán ciertamente, la anulacion y el aislamiento de nuestra querida España.

No son sólo los sucesos de Marruecos los que han hecho congregarse á ambas Sociedades para deliberar la norma de conducta que á sus fines y su patriotismo convenia en las actuales circunstancias, sino hechos análogos que no por lejanos dejan de ser interesantes para el país, y que acaecen en las distintas regiones del continente negro, donde radican posesiones ó intereses españoles.

***

La Sociedad Geográfica Española, que reside en Madrid, y la Sociedad de Geografía Comercial, con igual domicilio, han convenido en elevar al gobierno una exposicion ó mensaje en el que, avisando los peligros ciertos que nuestros dominios corren y pueden correr y el desamparo en que quedan los intereses allí creados, se proponen los medios de evitar la avalancha de egoismos que se nos viene encima, ó por lo menos de evitar sus fatales consecuencias.

En dicho mensaje, como no podia menos de suceder, se ocupan las sociedades geográficas españolas de la situacion actual de Marruecos y de la política que allí todas las naciones siguen en detrimento de España. Los medios de dar garantías de paz, de solidez y de producto á nuestras plazas africanas se exponen en forma y con tendencias parecidas á las que la opinion pública, muchas veces sabia sin ciencia, propone por los medios de expresion de que se valen, y aun esos centros geográficos, con mas copia de fundamentos que el saber proporciona, no dejan ciertamente la vanguardia á esa misma opinion en cuanto á señalar los remedios urgentes que nuestra política marroquí há menester. Apoyo tan valioso, por su competencia y españolismo, á las ideas que hemos venido siempre sosteniendo las dan todo el sello de certidumbre, de formalidad, de conveniencia que requieren para constituir lema ó bandera de una política seria y convencida en nuestros asuntos africanos.

Las sociedades hacen constar las miras que cada nacion tiene sobre Marruecos, los trabajos emprendidos, las propagandas empeñadas y los compromisos resueltamente aceptados, para deducir que, si la Providencia no inspira á nuestros gobernantes, tendremos en breve, ademas de los Pirineos que por el Norte nos fabricó la naturaleza, otros Pirineos no menos inaccesibles, que la desidia española nos habrá creado allende ese estrecho, que ni aun nombre español lleva con ser casi todo nuestro, como si presagiara que allí han de terminar para siempre los antes envidiados dominios españoles.

De los asuntos de Marruecos pasan á ocuparse las sociedades del territorio que en el Sahara adquirió para España una de ellas, la de Geografía Comercial, territorio casi tan grande como la Península y que comprende desde el cabo Bojador al cabo Blanco por mas de 500 kilómetros de costa, que sigue á la latitud de este último cabo un paralelo hasta llegar á 10 grados al Este del Meridiano de la isla de Hierro y sube luego por aquel Meridiano hasta encontrar los indefinidos límites meridionales del imperio marroquí.

En estos extensos territorios, que disminuyen en un tercio la distancia á Tombuctú, si bien compuestos en gran parte por las soledades del desierto, existen numerosos y poblados oasis, entre ellos el mas notable el Gran Adrar, que están, no bajo el protectorado, sino bajo el dominio de España, que libremente aceptaron. Sin embargo, las modernas cartografías litografiadas en las piedras francesas no nos conceden ni la moderna teoría del *interland* y limitan nuestros dominios por una estrecha faja, adjudicándose el resto del desierto.

La importancia de aquellos territorios y la indiscutible conveniencia de conservarlos aparecen en el mensaje de las sociedades geográficas, exponiendo todas las ventajas que la situacion geográfica de ellos proporciona, no sólo para el comercio con el interior, sino para la explotacion del inagotable y riquísimo banco pesquero que existe á lo largo de aquella costa.

Un punto toca el mensaje que es de capitalísima importancia, asunto de vida ó muerte para España, y sobre todo para las islas Canarias, tesoro hoy envidiado por todas las naciones como obligado punto de escala, no sólo para el Continente americano, sino para ese nuevo Continente que hoy se abre á las codicias europeas desde el cabo Espartel al cabo de Buena Esperanza.

El trozo de costa que existe desde el Cabo Bojador hasta el límite Sur de Marruecos, es decir, precisamente el trozo de costa mas cercano á las islas Canarias, y que las comprende á todas en su anchura, pasa en las cartas modernas francesas, con fundamento desconocido, como formando parte de ese imperio franco-arficano que sobre el mapa se ha adjudicado la nacion vecina. Las sociedades protestan enérgicamente contra esta invasion francesa que lleva la bandera tricolor desde las costas de la Argelia á las oceánicas, colocando las águilas francesas casi á tiro de cañon de nuestras islas Canarias. Y tanto mas protestan las sociedades españolas, cuanto que esos territorios costeros aceptaron por medio de los *cheicks* que rigen esas tribus el protectorado de una de las sociedades que, previsora y eficaz, se adelantó á poner la planta española sobre aquel suelo por medio de sus representantes, ya que los gobiernos españoles, entretenidos sin duda en cosas mas altas, dejaban indefensas nuestras islas africanas ante las asechanzas de las demás naciones.

Otro punto no menos importante, quizás el mas crítico, por el estado á que persistentes errores han traido la cuestion, es el relativo á las posesiones del golfo de Guinea, de las que se ocupa tambien el mensaje.

La cuestion del Muní va sonando ya en los oidos de la opinion pública. La Sociedad de geografía comercial, con recursos ó donativos particulares, que apenas llegaron á seis mil duros, tomó posesion efectiva de varios territorios que complementaban los que España poseía ya de larga fecha en aquellas latitudes, y que constituían todos una posesion de quince mil kilómetros cuadrados, limitada en el fondo por la sierra de Cristal, y por los extremos Sur y Norte en los ríos Muní y del Campo. Francia, con manifiesto malquerer y obstinada en no oir razones, pretende allí soberanías que nunca tuvo, y que intentó establecer arriando nuestra bandera para enarbolar la suya. Asunto ha sido éste en el que hemos ido á la zaga de la voluntad francesa, y el nombramiento de comisiones, eternas y embrolladas como todas, no hizo mas que empeorar la cuestion para nuestro derecho.

La cuestion está en pie aún. Las sociedades geográficas españolas estimulan al gobierno á mantener con energía nuestros derechos ante las capciosas razones y maquiavélicos procedimientos de Francia en este asunto, poniendo de relieve las ventajas de todas clases que reportarian á nuestra nacion los territorios del golfo de Guinea, ya que la desidia nacional y las indecisiones de nuestra política internacional nos hicieron llegar tarde á la posesion de los importantes Camarones.

El último punto que el mensaje toca se refiere á una cuestion quizás mas importante que todas, pues con ella se trata de resolver la seguridad de inmensos dominios que poseemos, no de los que acabamos de adquirir ó aspiramos á dominar. Se trata en él de la seguridad de nuestro imperio filipino, amenazada desde el momento en que no podamos comunicar con él en casos críticos por estar ocupado todo el camino por naciones extrañas.

Nos referimos á la posesion de un punto en el Mar Rojo que nos sirva de etapa y depósito en nuestra derrota á Filipinas. Pasiones personales, luchas del amor propio, nos vedaron hacer allí lo que todos han hecho, y hoy quizás no encontremos una pulgada de terreno donde clavar la bandera española, y nuestras islas del Asia y de la Oceanía, requeridas hoy por ingleses y alemanes, mañana tal vez por japoneses y chinos, tendrán que contar con sus propios recursos, bien escasos, porque la madre patria no se cuidó de dejar libre el espacio por donde pudiera llegarles nuestro consejo y nuestro brazo

El mensaje de las sociedades geográficas, mesurado, digno y á la par enérgico, es el grito de la opinion. Puede servir, pues, á cualquier gobierno serio y que de español blasone, como programa de nuestra política en Africa.

No pide aventuras, ni mucho menos imposibles, sólo demanda á quienes tienen la hacienda de la patria en sus manos que conserven la que los esfuerzos de sus hijos han adquirido y que no por desilusiones y decaimientos de hoy, se legue á nuestros hijos una patria desfallecida y pusilánime, sin vigor y sin riquezas, por el pueril pretexto de ahorrar ahora escaso número de pesetas y de hombres que despues se derrochan en intestinos combates.

Despues de haberle dado un beso reparó, con la mirada escudriñadora de la madre, la alteracion de su rostro y sonriéndose á la fuerza, le dijo:

—¿Qué es de tí? Hace un siglo que no te veo

—He estado ocupadísimo—balbuceó dejándose caer en una butaca.

La señora Kourawieff se encogió de hombros.

—¿Ocupadísimo, tú?

—Sí, mamá.

—¿En qué?

—En matar el tiempo; te aseguro que esa ocupacion es de las más absorbentes.

—Es decir, que desperdicias tu vida, en lugar de emplearla bien. Sin duda, esa paloma de que me hablaste últimamente será la principal de tus ocupaciones...

—Sí, mamá, parece mentira, ¡qué penetracion tienes, mamá!—se apresuró á contestar Sergio, contentísimo de ver que su madre traía la conversacion al punto á que él queria que viniera, porque no sabía cómo la podria él haber traido.—No hay medio de ocultarte nada... Y me ocupa tanto mas, cuanto que la cosa está lejos de ir á mi gusto, ni satisfactoriamente... ¡Oh, muy al contrario!...

—¡Mejor!—exclamó la condesa.—Nada podria serme mas agradable que lo que acabas de revelarme.

—¿Y por qué, mamá?

—Porque puedo tener que casarte de un momento á otro, rápidamente, casi de improviso, y si esta eventualidad, muy probable, se realizase, me disgustaria mucho encontrar en mi camino obstáculos de mal género, amoríos ridículos....

—¡Oh, mamá!

—¡Nada de discusion! ¡Seria inútil! Sé lo que he preparado y lo que he resuelto. Cuando yo mando, tú no tienes mas que hacer que obedecer, y obedecerás—dijo la condesa secamente.

—¡Casarme ya!—murmuró Sergio.—No sería muy agradable.

—¡Agradable ó no, así será! Nunca es tarde para ser archimillonario. Una vez casado, serás dueño de hacer tu voluntad...

La conversacion iba tomando un rumbo que la alejaba del punto á que Sergio queria traerla.

Y el tiempo trascurría; los padrinos debian ya llegar de un momento á otro, y los de René se reunirian con ellos.

Era preciso, pues, sin ambajes, ir derecho al asunto diciendo á su madre el motivo de su visita, tan de madrugada.

El joven se levantó.

—¡Mamá!—la dijo, con voz que queria ser solemne,—es necesario que te abra mi corazon.

La condesa le miró.

—¡Abrirme tu corazon!—repitió.—¿A propósito de qué? ¿Es una broma?

—Te aseguro, por el contrario, que la cosa es grave.

—No digas tonterías.

—Necesito en este mismo momento de tus consejos.

—Nunca he rehusado dártelos, pero nunca los has seguido.

—He hecho mal; pero esta vez te ofrezco seguirlos religiosamente.

—Y harás bien. ¿De qué se trata?

—De una cosa muy seria como vas á comprender. ¡Tengo un desafío pendiente!

La condesa se estremeció, perdió el color y repitió:

—¡Un desafío!

—Sí, mamá.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer tarde.

—¿Y por qué?

—¿No lo adivinas?

—No. Ni remotamente.

—Pues... es por la joven de quien me he enamorado, que casi puedo decir que me hipnotiza.

La condesa levantó los brazos mirando al cielo.

—¡Pero por fuerza estás loco ó eres idiota, hijo mio!—exclamó sin poder apenas dominar la cólera.—Precisamente en el momento en que tengo absoluta necesidad de que seas, al menos aparentemente, un hombre formal, te ocurre meterte en un asunto ridículo y peligroso.

—Te aseguro, mamá, que soy muy formal.

—¡Lo que eres es un ganso de marca mayor!—contestó la condesa encogiéndose de hombros.—Se rie de tí, tengo seguridad de no equivocarme. Tu huérfana, ese modelo de todas las virtudes, tenía un amante, y ese amante es el que te ha insultado. ¡Dios mio! ¡Pero qué estúpidos son los jóvenes del dia! Pues bien, no te batirás por esa señorita, ¿entiendes? Un desafío en estos momentos echaría por tierra todos mis proyectos; te prohibo terminantemente que ese desafío se lleve á cabo.

XIX

Sergio vió el cielo abierto, y apenas pudo dominar su alegría, porque se figuró que cuando su madre le prohibía que llevase adelante su compromiso, sabría encontrar un medio hábil de evitarlo.

Pero era preciso hacer como que se oponía á la voluntad de su madre con tanta mayor energía cuanto que estaba persuadido de que saldría adelante de su compromiso sin tener que cruzar la espada con su adversario.

—¡Mamá—le dijo con cierto aire de dignidad grotesca,—lo que me pides es imposible!

—¿Por qué? El asunto no podrá ser muy grave cuando la causa de él es tan fútil.

—¡Se me ha hablado con la mayor insolencia y hasta se me ha amenazado!

—¡Amenazado! ¡A tí, al conde de Kourawieff! ¡Se han atrevido!

—¡Ya lo creo! ¡Y mas que atrevido!... ¡Casi me han pegado! ¡Me han levantado la mano, y sin

costa de destrozarme el corazon. Y ese valor lo hubiera tenido si Vd. no me hubiese declarado su cariño. ¡Ah! Debí negarme á entrar de institutriz de su hermana de Vd. ¡He sido cobarde! No sabrá nunca que le amo—me dije,—y podré verle todos los dias, oir su voz, ver que será mio alguna vez, respiraré el aire que él respire, participaré de su existencia, que es cuanto á una humilde criatura como yo le está permitido participar.

Y de pronto dejó de hablar bruscamente.

Con inesperada violencia retiró las manos que René le habia vuelto á coger, y se las llevó á la cara, cubriéndola con ellas.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Qué es lo que he dicho!—balbuceó enloquecida.—¡Y yo que habia jurado no hacer jamás esta confesion!

—¡Ah!—dijo René.—¡Cuánto le agradezco á usted que haya hablado! ¡Bendita sea Vd.! Yo tambien desde el primer momento en que la ví á usted la amo, ó mas bien, la adoro. No me atrevia á declararme temiendo serle á Vd. indiferente... El sentimiento tan puro que me habia usted inspirado ha ido creciendo... Aprendiendo á conocerla á Vd. mejor, he comprendido que me seria imposible vivir sin Vd., y si hoy se fuera usted de casa de mi padre, si me fuera preciso separarme de Vd. me moriria.

—No—replicó Rosa,—Vd. vivirá y yo cumpliré con mi deber yéndome de casa de su padre de usted.

—¡Pero eso es una locura insensata! ¿Por qué nos ha de condenar Vd. á todos á ser infelices? Que es Vd. pobre; pero yo soy rico por los dos. No solo tengo fortuna por mi madre, sino que gano con mi profesion lo suficiente para vivir, aun para hacerlo con mas lujo del que nuestras modestas aspiraciones exigen. Me habla Vd. de que haga una boda de interés. ¿Tan mal me quiere Vd.? Lo que busco, lo que deseo, lo que ardientemente quiero es ser feliz, y eso solo con usted puedo conseguirlo. Es Vd. hermosa como un ángel, y ademas tan buena como él. Nos amamos. ¿Por qué se ha de extrañar el mundo de que nos casemos? Y si se admira, ¿qué nos importa su admiracion? Me habla Vd. de sus deberes de gratitud para con mi familia... Conozco á mi padre, y sé que la quiere á Vd. como si fuera usted su hija. Autorícemo Vd. para decirle que la amo, y desde luego cuento con su aprobacion.

—No, no; no le hable Vd. ¡Qué pensaría de mí, Dios mio!

—Pensaría lo que pienso yo: que es Vd. la mas pura, la mas hermosa de las jóvenes, y que será usted la mas perfecta de las esposas.

—¿Y su madre de Vd. y René?

—Ya sabe Vd. que mi madre la adora y que consentirá con el mayor gusto. En cuanto á mi hermana, que ya la llama á Vd. hermana, presintiendo que lo habia de ser, no puede vivir sin usted. La desafío á Vd. á que la abandone sin que la cueste la vida á mi hermana... ¡Pobrecilla!

La pobre Rosa escuchó todo esto trastornada y contestó:

—¡Ah! ¿Por qué me ama Vd.? ¡Qué va á ser de mí! ¡Ingrata y cruel si me voy! ¡Ingrata y sospechosa si me quedo!

—¡Rosa, Rosa mía, Rosa de mi alma! Júreme usted que no llevará Vd. adelante su propósito... Déjeme Vd. hablar á mi padre.

—¿Y si rehusa? ¿Si me maldice y me arroja de su casa? Todo es posible... ¡Ah, desgraciada, desgraciada! ¡Por qué no me habré muerto cuando mi pobre madre!...

—Porque debia Vd. vivir para hacer la felicidad de ambos...—respondió René atrayendo castamente hacia sí á la joven.—Nuestro sino y nuestro porvenir están escritos... Rosa, será usted mi mujer.

Llegó el tren á París y bajaron del vagon. René dió el brazo á Rosa y se dirigió al puesto de coches de punto inmediato á la estacion.

Durante el trayecto no volvieron á hablar mas que de lo que dirian para ocultar el atentado de Sergio Kourawieff, y por fin convinieron en lo mas sencillo, que fué decir que habian ido á ver á Verónica, y que no siendo cosa de cuidado, habian querido volver para tranquilizarlos, y se habia encontrado en la estacion á René y habian venido juntos hasta la casa.

La velada no habia sido muy alegre en el hotel del doctor Lorbac.

Despues de comer dijo éste que tenía que trabajar y que rogaba que le dejasen solo en su despacho.

La señora Daumont, su hija Teresa y su nieta, se reunieron en la sala.

Teresa se puso á leer y René, preocupado, no despegó los labios.

A las nueve no habian entablado conversacion, pensando cada cual en lo que la preocupaba.

La abuela dijo de pronto:

—¡Me voy á mi cuarto! ¡Cualquiera diria que en esta casa se está de duelo!

—¿Se va Vd. á acostar, abuela?—dijo René.—Entonces voy á darle á Vd. las buenas noches y un beso.

Y en efecto, así lo hizo.

Su madre cerró el libro.

—Estoy algo cansada—dijo;—creo que debíamos seguir el ejemplo de la abuela y acostarnos tambien. Rosa no volverá esta noche y es inútil esperar á tu hermano, que sabe Dios á qué hora volverá...

—Como quieras, mamá. ¿Vamos á darle las buenas noches á papá?

—Ya sabes que está ocupado, quizá fuéramos á incomodarle...

René no contestó y salió con su madre de la sala. Se fueron cada una á su cuarto.

Teresa se despidió de René dándole un beso.

En cuanto ésta se quedó sola escuchó hasta que dejaron de oirse los pasos de su madre, y entonces exclamó:

© Biblioteca Nacional de España